

## EL EJERCITO EN LA POLITICA CHILENA: 1886—1925.

JUAN CONTRERAS FIGUEROA

En el decenio de 1920, se produjeron en Chile transformaciones democrático-burguesas que pusieron fin al poder irrestricto de la oligarquía agraria y bancaria, representada en el régimen parlamentario. En estos cambios el ejército — creado en 1886 con estructuras modernas —, tuvo una activa participación. Impuso las transformaciones que dieron lugar a una nueva etapa en el desarrollo contemporáneo de Chile. Es de interés, entonces, examinar el proceso que determinó las condiciones de la intervención de los militares, que rompiendo con el régimen parlamentario, y dentro del juego de los intereses de clases contrapuestos, tomó el camino que lo llevó a adoptar el programa de cambios políticos y sociales y su consiguiente imposición, mediante la intervención directa.

### 1. *La creación del ejército moderno: 1886—1890*

Los primeros fundamentos del ejército moderno fueron establecidos durante el gobierno nacionalista del presidente Balmaceda, entre 1886 y 1890. Fue consecuencia de la necesidad de consolidar los resultados inestables de la guerra del Pacífico — el tratado de Ancón de 1883, aseguraba sólo por diez años el dominio de las provincias de Tacna y Arica; el tratado de tregua con Bolivia, de 1884, dejaba a título precario en poder de Chile la provincia de Antofagasta —, de respaldar las discusiones de límites con Argentina, que se habían agudizado durante la guerra, y la exigencia de apoyar el programa de transformaciones nacionalistas, que incluía el rescate de la riqueza salitrera en manos de capitales extranjeros, principalmente ingleses, lo cual implicaba un virtual enfrentamiento con aquella potencia.<sup>1</sup> Asimismo, el análisis de las operaciones militares de la guerra del Pacífico demostraron el escaso valor militar del ejército chileno, estimulando su modernización. A pesar del triunfo, se estableció que sus operaciones no estaban de acuerdo con los adelantos que los elementos bélicos habían alcanzado en esa época<sup>4</sup>. El general Téllez precisaba: “carecía el ejército de escuelas de instrucción, de academia de guerra i hasta de estado mayor...”.<sup>3</sup> Gonzalo Bulnes, historiador de la guerra, sostuvo que el país no

contó con un verdadero ejército<sup>4</sup>. El ejército que combatió en esa guerra era anticuado, estaba al nivel de las técnicas de comienzos del siglo XIX.

Para resolver esas deficiencias, el general Emiliano Sotomayor y el almirante Patricio Lynch, aconsejaron a los gobiernos la contratación de instructores alemanes, para reformar el sistema militar<sup>5</sup>. Se eligió el modelo alemán por su gran prestigio. El gobierno chileno contrató para esa tarea al capitán de artillería Emilio Körner, oficial con una excelente hoja de servicios. Llegó al país a fines de 1885<sup>6</sup>. El capitán Körner va a sobrepasar su rol de simple instructor, permaneciendo en el ejército chileno largos años, alcanzando los más altos grados militares, interviniendo en política, y ejerciendo una decisiva influencia en la formación prusiana de esta fuerza armada.

Desde el cargo de sub-director técnico de la Escuela Militar, en 1886, Körner comenzó un acelerado trabajo de preparación de nuevos cuadros del ejército. En esta fase inicial que duró hasta 1891, las transformaciones que efectuó se relacionaron con la preparación de cadetes y con la enseñanza de los jefes jóvenes del ejército regular, sin afectar la organización del ejército existente. Sus primeros trabajos, con la ayuda del mayor chileno Jorge Boonen Rivera, fueron convertir la Escuela Militar en un establecimiento moderno. Paralelamente creó la Academia de Guerra — réplica exacta del modelo alemán — para educar los oficiales que actuaron en la guerra del Pacífico, con el fin de que los nuevos métodos fueran difundidos en las diversas unidades militares, formar los futuros profesores de las escuelas del ejército, y del servicio del estado mayor. Su principal esfuerzo fue inculcar a los oficiales el dominio de los métodos científicos de la guerra moderna. Complementó estas tareas, con la fundación de la Escuela de Suboficiales<sup>7</sup>.

Entre 1886 y 1890, Körner logró formar un pequeño pero eficiente equipo de oficiales, que llegó a ser la élite del ejército. En la guerra civil de 1891 pusieron a prueba sus conocimientos. Esa guerra fue el último encuentro de un ejército anticuado que defendía al gobierno, y un ejército comandado por la mayoría de los nuevos oficiales de élite, que defendían al insurrecto partido del parlamento<sup>8</sup>.

## 2. *El control militar Portaliano: 1891–1906*

La guerra civil de 1891, que apareció como un conflicto de poderes entre el presidente de la república y el parlamento, en torno de la interpretación de la constitución — lo que realmente fue la lucha de la oligarquía, aliada a los intereses ingleses, perjudicada por la política nacionalista de Balmaceda —, constituyó el marco de la primera intervención política de aquel cuadro de oficiales educados por Körner.

Esos oficiales tomaron el partido del parlamento motivados profundamente, por la oposición de los jefes del ejército regular a las reformas militares. Cuando se dió a conocer, en 1885, que ellas se iban a realizar a cargo de un instructor alemán, los altos rangos pusieron en duda que alguien pudiera enseñarles el arte y la ciencia militares a los que habían ganado la guerra del



Pacífico. Temieron, también, por su posición y prestigio, al darse cuenta que los objetivos de la modernización podía desplazarlos de las jefaturas, a corto plazo. Argumentaron que el ejército necesitaba más que nada aumentar sus dotaciones y tener armamento de calidad, y que las experiencias obtenidas eran suficientes para la eficiencia de ese aparato armado. En cambio, los oficiales subalternos y rangos medios se entusiasmaron con las reformas. Veían en ellas no sólo la solución para el escaso valor militar del ejército, sino también grandes posibilidades profesionales<sup>9</sup>. La rivalidad entre ellos se hizo pública. Körner y su amigo Boonen Rivera defendieron los métodos alemanes, contraponiéndolos al atraso de los procedimientos franceses que profesaban los altos rangos<sup>10</sup>. Boonen Rivera publicó numerosos artículos de prensa propiciando la modernización<sup>11</sup>. Sin embargo, los jefes superiores atacaron duramente, usando los resortes del poder. Llegaron al extremo, recuerda Boonen Rivera que en 1889, comunicaron al presidente "que era incompatible con la disciplina que los subalternos supieran más que sus superiores y que por tanto no había puestos que dar a los alumnos que iban a salir de la Academia de Guerra, y pedían la supresión de ese establecimiento".<sup>12</sup> El presidente se encontró entre dos fuegos. No podía enemistarse con los jefes del ejército que lo apoyaban lealmente en su política nacionalista, y necesitaba a la vez para esa misma política, los nuevos oficiales que iban a organizar el poderío militar del país. No podía desmantelar el anticuado ejército cuando se preparaba contra sus virtuales enemigos; debía esperar la consolidación de las reformas. Aunque apreciaba los puntos de vista de los jóvenes oficiales, tuvo que desatender sus quejas. Fue entonces mirado como culpable, entre esos oficiales, de las limitaciones que aparecían ante sus perspectivas profesionales, y del desarrollo mismo del ejército que visualizaban como la mejor garantía para la defensa del país. Sin dudas, estas rivalidades fueron la base sobre la cual la influencia política de la oligarquía, enemiga del presidente, va a tener éxito, y pudo empujarlos a intervenir contra Balmaceda. Bastaba que alguno de esos oficiales, adeptos a la oligarquía, tomara el liderazgo defendiendo esos intereses para inclinarlos definitivamente contra el presidente. Boonen Rivera, que se había destacado en apoyo de las reformas tomó el partido contra Balmaceda, influyó poderosamente sobre los nuevos oficiales llamándolos a la "desobediencia militar".<sup>13</sup> El teniente coronel, Emilio Körner también se pasó al bando del parlamento, alentando aún más las deserciones. Pero Körner, tenía además otros motivos más poderosos para traicionar al presidente. Como hombre de confianza de los círculos de gobierno alemanes fue el instrumento de la política exterior de su país. En ese terreno apoyó a la oligarquía insurgente y organizó su ejército, en defensa de los intereses mayores del imperialismo alemán.<sup>14</sup> Por eso, su gobierno no lo desautorizó. En el verano de 1891, la legación alemana en la capital de Chile era un centro de intrigas antibalmacedistas. El ministro barón von Gutschmid lo testimonia en sus informes confidenciales. Al día siguiente de la derrota de Balmaceda, descubrió el secreto celebrando la victoria del parlamento como resultado de la eficiencia de Körner, que según sus palabras había prestado grandes servicios a Chile y Alemania.<sup>15</sup>



Algún tiempo después, el emperador Guillermo condecoró a Körner por sus servicios al imperio.<sup>16</sup>

Finalizada la guerra civil, el parlamento triunfante honró a Körner con el grado de general de brigada, lo incorporó al cuadro permanente del ejército nombrándolo jefe del estado mayor. Pero, no apoyó sus planes de modernización en todas sus dimensiones. La oligarquía demostró desconfianza ante el nuevo ejército, a pesar de los eficientes servicios que le prestó el equipo de Körner. Sus experiencias en el poder le enseñaban que cualquier cuerpo armado que escapara, de alguna manera, a su control, podía significar un peligro para la estabilidad de su dominación. Por lo tanto, el monopolio de las armas debía permanecer bajo su cuidado directo.

Su primer aprendizaje, fue la política de desmilitarización del ministro Portales en el periodo de consolidación del poder político de los conservadores, a partir de 1830, es decir de la dominación de la aristocracia agraria.<sup>17</sup> Portales, con el fin de reprimir la llamada "anarquía militar" debilitó el experimentado ejército que hizo las campañas de la independencia, y cuyos jefes, en su gran mayoría, eran hombres progresistas — vinculados al liberalismo — opuestos a la reacción conservadora. Mantuvo ese ejército reducido a una pequeña fuerza, destinada a reprimir a los araucanos, y para servir de cuadros de instrucción de la Guardia Nacional. Creada por el ministro, estaba integrada por civiles que periódicamente se ejercitaban en el uso de las armas, dirigidos personalmente por miembros de la aristocracia. Incluso Portales comandó, en persona, batallones de la Guardia Nacional. Fue el ejército nacional, numeroso, con buen armamento y capacidad para enfrentar con éxito al pequeño ejército de línea.<sup>18</sup> La otra lección importante que asimiló, fue la guerra civil de 1891. El ejército organizado en la guerra del Pacífico, independiente de su control apoyó al presidente; y, los cuadros de élite, base del nuevo ejército proyectado por Balmaceda, y que apoyaron su causa, mostraron gran capacidad de desobediencia, de espíritu corporativo autónomo, lo cual se traducía en una fuerza militar apreciable con rasgos inseguros para su ejercicio del poder. Estaba la oligarquía acostumbrada a ser obedecida, y la conducta de esos oficiales chocaba a su mentalidad.

Por eso, la oligarquía se empeñó en reproducir la política de desmilitarización de Portales. Supo apreciar la eficiencia de ese cuadro de oficiales de élite y con mantenerlo se consideró satisfecha. Licenció la mayoría de las tropas, tanto balmacedistas como las propias, reduciendo el volumen del ejército. Lo orientó a funcionar como simple órgano de instructores de la Guardia Nacional, a la cual resucitó. No tomó en cuenta los esfuerzos de Körner de continuar la modernización; su proyecto de servicio militar obligatorio, de 1891, ni siquiera fue tenido en cuenta en el parlamento. De inmediato los oficiales comprendieron que estaban en el mismo punto de antes de la guerra civil, no había cambiado nada para ellos en cuanto a reformas, ni en relación con sus perspectivas profesionales, pues el campo se estrechaba. Los nuevos oficiales y futuros rangos superiores habían aprendido sus primeras lecciones políticas, y debían seguir un curso completo durante algún tiempo.

Pareció que la renovación de las experiencias portalianas aseguraban una vez más a la oligarquía el monopolio de las armas, y la estabilidad de su poder. Así fue, pero por pocos años. Alrededor de 1895, los problemas de límites con los países vecinos se agravaron repentinamente, y por largo tiempo se vivió al borde de la guerra.<sup>19</sup> El gobierno se vió obligado a incrementar el ejército y modernizarlo. Se produjo un vuelco radical en su situación, dejó de ser instructor de la Guardia Nacional. Las reformas que siguieron consolidaron un ejército moderno, sustituyendo la Guardia Nacional por el sistema de servicio militar obligatorio, bajo el control del ejército. El estado mayor, por sus funciones técnicas adquirió autonomía ante el poder civil, tanto en lo propiamente militar como en las calificaciones y ascensos de oficiales y jefes.<sup>20</sup>

El fantasma de un aparato militar fuerte, con gran autonomía, al que tanto temía la oligarquía, se había convertido en realidad. Se encontraba, además en el punto en que no podía volver atrás. Los países rivales también reorganizaban sus ejércitos y Chile, de ningún modo podía quedar retrasado. La oligarquía tuvo que buscar otro método para recuperar el control de esa fuerza armada.

Alejado el peligro de guerra, entre 1902 y 1905, renovó sus empeños para retomar el control. Estimuló los proyectos de reformas propiciados por un grupo de oficiales, dirigidos por el capitán Francisco Javier Díaz, para elaborar la reforma militar de 1906<sup>21</sup>. Esa reforma sometió al control del ministerio de guerra a todo el ejército. El estado mayor no tuvo el comando real, y sus funciones se redujeron al estudio de los problemas de la defensa nacional, dependiente de ese ministerio; las zonas militares con mando centralizado en el estado mayor, con estructuras integradas unitariamente con todas las armas, con gran capacidad operativa según las necesidades de eventuales teatros de guerra, fueron reemplazadas por divisiones que respondían directamente del ministro del ramo<sup>22</sup>. Las calificaciones y ascensos del personal dependieron de la sección correspondiente del ministerio<sup>23</sup>.

Con estos procedimientos, los ministros que debían contar con la confianza del parlamento, donde estaba el poder oligárquico, manejaron el mecanismo de las promociones y ascensos de la oficialidad en función de los intereses políticos de la dominación, sin considerar los méritos profesionales. Promoviendo jefes de confianza en los altos cargos, concentraron en ese lugar sus resortes de control. Creyeron asegurada su dominación, pero en los hechos fue un paso atrás en relación a los métodos portalianos. En este sentido la reforma de 1906, como método de control no pudo regular la articulación del ejército con el poder civil, o al menos disminuir las tensiones del cuerpo de oficiales. Al contrario, dió las bases para debilitar la disciplina y la verticalidad del mando, y crear corrientes de descontento que a fin de cuentas se transformaron en una fracción política de oposición.

### 3. *La neutralización inestable: 1907 - 1919*

Desde su recomienzo en 1895, la modernización del ejército caminó con grandes dificultades. La instrucción de los reclutas chocaba con el



analfabetismo — Körner constataba en 1901, que el 70% de los conscriptos eran analfabetos —<sup>24</sup>, que no había cuarteles y vestuario adecuados, una parte del armamento estaba anticuado, y los sueldos de los oficiales eran bajos<sup>25</sup>. El propio ejército hacía esfuerzos para resolver sus carencias; crearon fábricas, que en un momento ocuparon más de 14 mil obreros, y su propio sistema de enseñanza elemental. Los oficiales más preparados — de estado mayor y de la academia de guerra — que conocían muy bien las condiciones de desarrollo de un ejército moderno, comenzaron a protestar. Sostuvieron que el aumento de la capacidad militar, dependía del abastecimiento propio, que se debían desarrollar las industrias y levantar el nivel de la higiene y bienestar social. Sobrepasaron los límites de las meras cuestiones militares y entraron de lleno en el gran debate político de la época<sup>26</sup>. Hasta 1906, esta fue la primera corriente de descontento que fue evidente entre la oficialidad, pero aún no constituía una corriente política organizada. Sus puntos de vista enfatizaban más la necesidad de defensa de las fronteras.

La reforma de 1906, aumentó el descontento. Llegó más allá de los oficiales de élite, abarcó al conjunto de ellos. Se dieron cuenta que sus promociones a puestos de responsabilidades y sus ascensos se hacían remotos. Que dependían de las intrigas políticas, y que los oficiales que pertenecían a las clases superiores tenían sus carreras aseguradas. Que los cargos importantes eran ocupados por gentes incompetentes, pero adeptas al régimen gobernante<sup>27</sup>. La misma reforma, a su parecer no significaba un fortalecimiento militar de país. Con franqueza expresaron que el país quedaba indefenso y que el ejército caía en la corrupción<sup>28</sup>.

En cualquier caso, las corrientes de descontento reflejaron la crisis de la dominación oligárquica. Los cambios económicos, del giro del siglo, causados por la depresión del sector exportador-importador de la estructura económica del país, obligaron al desarrollo de una importante industrialización sustitutiva. El cambio de las relaciones sociales, dió origen a una nueva burguesía industrial, crecieron las capas medias y se vigorizó el movimiento obrero. En su interés, la nueva burguesía luchó contra el poder oligárquico con un programa nacionalista de protección de la industria, de transformaciones políticas que reclamaban la reforma del régimen parlamentario — impuesto después de la guerra civil —, y su reemplazo por un régimen presidencial democrático.

Aquí confluyeron las corrientes de descontento de los oficiales con los civiles nacionalistas. La composición de clase de la mayoría de los oficiales, facilitó la influencia de la ideología del nacionalismo. El ejército había abierto las puertas a los hijos de la pequeña burguesía y capas medias. La debilidad de la articulación de los militares con el poder civil, dejaron el campo libre para la que las inquietudes de los oficiales se vincularan con la corriente nacionalista, en el plano de las relaciones de clases y en la conformación del nacionalismo de frontera, que incluía el programa de la burguesía emergente. De allí, también, que el esfuerzo de la oligarquía por controlar el ejército sólo alcanzara el nivel de una neutralización, en equilibrio inestable.



Sin embargo, la oligarquía dominante aparece sosteniendo un control sobre el ejército durante varios decenios, evitando un rompimiento con él. Aún más, entre 1907 y 1919, el descontento salió a la superficie. Se expresó en críticas, deliberaciones y complots. La primera protesta de los oficiales — de tenientes a capitanes — se produjo en 1907, y se le conoce como la conspiración del “vaso de cerveza”<sup>29</sup>. Protestaron por la no aprobación en el parlamento de la ley de ascensos. Fue el comienzo de una cadena de ellas, hasta plasmarse en la organización de la “Liga Militar”<sup>30</sup> secreta, que funcionó en la mayoría de las unidades militares, para luchar por las promociones y ascensos. Esperaban en 1910, que el gobierno cumpliera la promesa de hacer promociones en las fuerzas armadas<sup>31</sup>. Pasó el año y el gobierno no cumplió. Entonces decidieron, con un sector avanzado de civiles que se habían distinguido en la defensa del ejército por una solución armada de los problemas de límites y de un acendrado nacionalismo, dar un golpe de estado para enero de 1912. Con Gonzalo Bulnes — historiador militar y Emilio Rodríguez Mendoza publicista y diplomático — prepararon el golpe con un programa que contenía la eliminación del parlamento, del régimen parlamentario, restauración del presidencialismo, reformas sociales y soluciones a las reivindicaciones militares. El golpe fracasó. Los comandantes vacilaron y el sector civil desertó. El gobierno aparentó ignorar los hechos, y sólo hizo discretos cambios en los altos mandos<sup>32</sup>.

Las deliberaciones continuaron. Se llegó a afirmar que la situación del ejército no mejoraría a menos que cambiaran las condiciones sociales y políticas de país<sup>33</sup>. Se culpaba al gobierno de incompetencia y de que estaba en la obligación de consultar a los altos mandos sobre materias políticas importantes<sup>34</sup>. Este ambiente se vivió hasta 1917. Ese año, el presidente Sanfuentes, hizo un esfuerzo por terminar con las deliberaciones y críticas. En resguardo de la disciplina, el general Boonen Rivera prohibió a los oficiales pertenecer a organizaciones extra-militares y emitir opiniones que comprometieran el respeto al gobierno<sup>35</sup>. Esta medida tuvo repercusiones imprevistas. Los círculos políticos de la Alianza Liberal que luchaban contra el régimen, defendieron a los oficiales. Boonen Rivera, agravó la polémica defendiendo el régimen y su política frente al ejército<sup>36</sup>. Contestando a Boonen Rivera, el general Manuel Moore defendió el derecho de opinión y criticó las immoralidades en los ascensos.<sup>37</sup> Las reivindicaciones de los oficiales encontraron sus defensores en los altos rangos.

A pesar de la gravedad del comportamiento de los oficiales, la neutralización inestable no se rompió. Esto ocurrió porque las fuerzas opositoras — plasmadas en la Alianza Liberal —, la burguesía emergente, buscando liquidar el régimen parlamentario, en su gran mayoría, quería lograrlo por el camino de las reformas. Con el desarrollo de la industrialización, el movimiento obrero planteando sus propias reivindicaciones, luchaba consecuentemente por ellas. El temor al movimiento obrero disuadió desde un comienzo a la burguesía emergente de dirimir radicalmente su lucha contra la oligarquía. Teniendo gran influencia entre los oficiales permitió el control de la oligarquía en el ejército, para utilizarlo conjuntamente en la

represión del movimiento obrero. Esto era conveniente para la nueva burguesía, pues conociendo su influencia entre los oficiales podía alentar su descontento cuando las circunstancias políticas lo aconsejaran, sin cruzar el límite del rompimiento. El ejército le servía como medio de presión para obtener las reformas que le interesaban, y para defender sus posiciones. De esta manera, teniendo la oligarquía los mandos claves del ejército y la burguesía no apoyando los intentos de rebelión de la oficialidad, ésta quedaba neutralizada. Pero, este juego del equilibrio no podía durar. Los oficiales sintiéndose postergados en su carrera profesional, también se sintieron usados por los "políticos profesionales". Así, cuando se presentó la coyuntura favorable, van a actuar con absoluta autonomía, invirtiendo los papeles.

En 1919, el panorama comenzó a cambiar completamente y el juego del equilibrio empezó a terminar. Ese año el país vivía una aguda crisis económica y política, resultado de la finalización de la guerra mundial. La vida cara, la cesantía y los bajos sueldos lanzaron a las masas a una lucha frontal contra el gobierno. La clase obrera elevó su nivel de lucha política. La influencia de la revolución de octubre, ayudó a superar la fase reformista del movimiento obrero organizado. La Federación Obrera de Chile y el Partido Obrero Socialista, que en enero de 1922 se convierte en Partido Comunista, adhieren a la tercera internacional y quieren conducir la lucha revolucionaria por el poder.<sup>38</sup> La Alianza Liberal obteniendo importantes éxitos electorales, desde 1915 fue incorporando en su programa de acción las aspiraciones de las masas. Esto le daba posibilidades de conquistar su apoyo para enfrentar las elecciones presidenciales de 1920, y ganarlas.

Los círculos militares, de altos rangos, simpatizantes de la Alianza Liberal, intranquilos por la agitación social, la ola de huelgas y protestas de las masas populares, y, al mismo tiempo deseosos de liquidar el régimen parlamentario, al cual estimaban culpable de la crisis que vivía el país, organizaron un golpe de estado para ese año. El general Guillermo Armstrong y su ayudante, general Manuel Moore, con el respaldo de un grupo apreciable de generales, con el pretexto de ayudar al presidente Sanfuentes a tranquilizar el país, querían obtener la realización de un limitado programa nacionalista y satisfacer las reivindicaciones militares. En el mes de marzo fueron atraídos los coroneles. Este último grupo se entusiasmó y quiso avanzar mucho más. El coronel Julio César del Canto, elaboró el plan de una Junta Militar para afianzar el éxito de la conspiración. Se proponía derrocar a Sanfuentes, liquidar la anarquía parlamentaria, la desmoralización administrativa, establecer un gobierno presidencial fuerte y respetado, y terminar de una vez con el peligro "comunista" que tenía agitado las masas del país.<sup>39</sup>

Las divergencias entre los conspiradores, abortaron el golpe de estado. El gobierno tomó medidas de seguridad, arrestó a los conspiradores y los eliminó de los altos mandos del ejército.

El complot no logró tener éxito, realmente porque no tuvo apoyo civil. La Alianza Liberal, entendió que era un grave error político ese proyecto de golpe de estado justamente cuando tenía posibilidades ciertas



de ganar las elecciones presidenciales. Con esta acción se corría el riesgo de dividir el ejército y desencadenar la guerra civil con resultados imprevisibles para la burguesía. Por eso no apoyó a los oficiales, aunque los defendió tratando de evitar que les aplicaran castigos severos. La Alianza Liberal sufrió, de todos modos, un duro golpe político, perdió los generales que le eran afectos y que estaban colocados en altos mandos, y que eran un respaldo para el triunfo electoral que esperaba obtener.

#### 4. *La Rebelión de los Oficiales y las Transformaciones Democrático-Burguesas: 1920 - 1925.*

La Alianza Liberal, el 25 de junio de 1920, ganó las elecciones presidenciales, con Arturo Alessandri, derrotando a la oligarquía representada en la Unión Nacional. La derecha estaba amenazada gravemente. Ante el peligro, se alistó para impedir el acceso de Alessandri al gobierno, u obstaculizar su administración hasta su derrota.

Como ninguno de los candidatos presidenciables había obtenido la mayoría absoluta, de acuerdo con la constitución el parlamento debía proclamar el candidato vencedor. La Unión Nacional que allí tenía mayoría realizó su primera maniobra para imponer a su candidato, Luis Barros Borgoño. El ministro de la guerra, Ladislao Errázuriz, unionista, de acuerdo con algunos altos mandos del ejército inventó un supuesto peligro de guerra con el Perú.<sup>40</sup> El objetivo era alejar oficiales y tropas alessandristas de la capital, para respaldar una decisión del parlamento en favor de Barros Borgoño. La maniobra fracasó, pues la inmensa mayoría de los militares movilizados eran fervientes alessandristas dispuestos a defenderlo.<sup>41</sup> La oligarquía tuvo que respetar el triunfo de Alessandri. Ahora, sabía que no podía manipular directamente a la oficialidad subalterna, pero aún mantenía influencia en los altos rangos y debía actuar en forma más encubierta. Por eso antes de entregar el gobierno colocó en los mandos superiores a jefes de su mayor confianza, que aparecían como garantías de imparcialidad ante sus subalternos. Fue una táctica acertada que le dio, transitoriamente, buenos frutos. Resuelto el problema, se preparó para desestabilizar el gobierno con miras al golpe de estado.

Desde el ascenso de Alessandri, el 25 de diciembre de 1920, y el 5 de septiembre de 1924, la oligarquía atacó permanentemente al gobierno, usando los medios que le daba el poder parlamentario. Aprovechando la crisis salitrera que, ya en 1924 le representó al gobierno un déficit de mil millones de pesos, cincuenta mil cesantes y una fuerte agitación popular, obstaculizó por todos los caminos el cumplimiento del programa aliancista, y limitó al máximo las posibilidades de superar la crisis.<sup>42</sup> Alessandri, por su parte, se empeñó en ganar tiempo para llegar a las elecciones de marzo de 1924, que renovaba casi todo el parlamento. Tenía a su favor, aún, un apreciable apoyo popular y las simpatías del ejército. Se ocupó intensamente de incrementar su influencia entre la oficialidad. Rehabilitó a los jefes procesados por el complot de 1919, procuró ganar la confianza de generales que estaban cerca de la Unión Nacional, visitó continuamente

los cuarteles, y prometió solemnemente satisfacer sus reivindicaciones. En su última visita, en diciembre de 1923, a la Escuela de Caballería, cuyo director era el mayor Carlos Ibáñez, y donde había alumnos-oficiales de todo el país y de todas las armas, Alessandria atacó violentamente al parlamento a la oligarquía, y pidió al ejército que defendiera las reformas que propiciaba, y el progreso de las fuerzas armadas. Sus palabras fueron calurosamente aplaudidas.<sup>43</sup> En este acto selló su compromiso con los oficiales.

En marzo de 1924, Alessandri obtuvo la deseada mayoría en el parlamento. El ejército que vigilaba el orden de las elecciones ayudó al triunfo de la Alianza Liberal.

Sin apoyo en el parlamento, la oligarquía se vió obligada a probar el golpe de estado. Comenzó acusando al ejército de intervención electoral, y al gobierno de desprestigiar el honor de los militares. El general Brieba, ministro de guerra reconoció que los oficiales subalternos podían ser culpables de intervención.<sup>44</sup> Los altos rangos se ofendieron, la conducta del gobierno lesionaba su autoridad. Dado ese paso, comenzaron a actuar los grupos conspirativos secretos. "La Cabaña", creada por Manuel Rivas Vicuña prepararía el apoyo civil del golpe de estado; Francisco y Roberto Huneeus, destacados líderes conservadores, crearon "La Tea", que atrajo a altos mandos del ejército y la marina. En ella participaron los generales Luis Altamirano, Luis Contreras, Juan Pablo Bennett, y los almirantes Luis Gómez Carreño y Guillermo Soubllette. "La Tea" tenía la misión de derribar al gobierno por la fuerza.<sup>45</sup>

Hasta ese momento, Alessandri tenía la confianza de los oficiales subalternos. Ellos esperaban que el presidente cumpliera sus promesas, exigiendo al parlamento la probación de sus reivindicaciones y las reformas del programa de gobierno. Deseaban ardientemente la realización del programa aliancista, eran sinceros partidarios de liquidar el parlamentarismo. Sin embargo, Alessandri frustró sus esperanzas.

El presidente sobreestimando su influencia entre los oficiales, cometió un error político fatal. No envió al parlamento los proyectos prometidos a la oficialidad. En primer lugar las leyes de retiro, ascensos y sueldos de los militares que se encontraban retenidas en el congreso durante largos años. En cambio, envió el proyecto de "Dieta Parlamentaria" que fijaba sueldos a los congresales. Para los oficiales fue una deslealtad de Alessandri. Se enojaron y el 3 de septiembre de 1924, hicieron sonar sus sables en las sesiones del congreso en señal de rebelión.<sup>46</sup> Con ese error fueron empujados a la intervención directa y a tomar en sus manos el poder para realizar las transformaciones democrático-burguesas.

Alessandri quiso aprovechar ese descontento para fortalecer sus posiciones. Tenía a su favor un pequeño grupo de oficiales y la mayoría aliancista del congreso, la cual debía apoyarlo satisficiendo las demandas de la oficialidad. Esperaba que obtenidas las reivindicaciones, éstos volverían a sus cuarteles. Pero se equivocó. Los altos rangos movidos por la oligarquía jugaron sus cartas al golpe de estado, estimulando a sus subalternos. El general Altamirano, inspector general del ejército, se reunió con ellos, que ya



deliberaban y organizaban una Junta Militar, y les dió su amplio apoyo; el general Dartnell, jefe de la guarnición de la capital, dijo que no tomaría medidas disciplinarias por la justa protesta de sus subordinados.<sup>47</sup> Los oficiales se sintieron apoyados por sus jefes superiores y, encubiertamente por los personeros de la Unión Nacional, y la prensa de derecha, que justificaba su conducta en nombre de la mayoría del país. Por su parte la oficialidad, si bien deseaba ver cumplidas sus reivindicaciones, quería ahora efectuar los cambios fundamentales del programa nacionalista, deseaba la salida de Alessandri del gobierno, y cerrar el congreso que calificaba como el centro de la corrupción política.

Con esa ilusión, Alessandri la noche del 4 de septiembre pidió a los oficiales sus proyectos más urgentes para una rápida aprobación en el congreso.<sup>48</sup> Esa misma noche, el mayor Carlos Ibáñez — líder de los oficiales más radicalizados — redactó las peticiones, que sinificaban la aprobación de una importante parte del programa de gobierno y de las leyes militares. El 5 de septiembre, éstas fueron presentadas al presidente junto con la velada exigencia de formar un nuevo ministerio. Alessandri envió de inmediato el mensaje al congreso y organizó un nuevo ministerio, designando ministro del interior al general Luis Altamirano,<sup>49</sup> que aparecía con gran autoridad y muy respetado ante la oficialidad. Altamirano que estaba en el secreto de la conspiración oligárquica contra el presidente, como ministro del interior quedaba en las puertas de la vicepresidencia si Alessandri renunciaba. La oligarquía había colocado sus piezas y aprovechado el impulso de los oficiales jóvenes. Había montado con maestría el golpe de estado del 5 de septiembre de 1924.

El 8 de septiembre, el parlamento aprobó en horas las peticiones de la oficialidad. Al mismo tiempo, el presidente se percató que estaba prisionero de los militares en el instante que la marina de guerra adhiriéndose al movimiento del ejército, exigió la renuncia de Alessandri y la clausura del parlamento. El presidente renunció y Altamirano tomó la vicepresidencia.<sup>50</sup> Acto seguido la Junta Militar, presidida por el general Blanche, acordó que el poder fuera ejercido por una Junta de Gobierno, encabezada por los generales Luis Altamirano y Juan Bennett y el almirante Francisco Neff, en el bien entendido, claramente especificado, que todas las acciones de gobierno debían ser consultadas a la Junta Militar.<sup>51</sup> El 12 de septiembre la Junta de Gobierno aceptaba la renuncia del presidente y cerraba el congreso. El golpe de estado se había consumado. La oligarquía pudo cantar victoria por algún tiempo.

Sin embargo, el 11 de septiembre surgieron las divergencias entre la Junta de Gobierno y la Junta Militar. Dos documentos se dieron a la publicidad ese día. Uno de la Junta de Gobierno, en que se declaraba provisional y se comprometía a entregar cuanto antes el poder a los civiles; otro, de la Junta Militar que afirmaba que el objetivo del gobierno era convocar a una asamblea constituyente, que redactara la nueva constitución correspondiente al sentir de las mayorías nacionales, esto es eliminar el régimen parlamentario.<sup>52</sup> El 12 de septiembre, la Junta de Gobierno sin tener en cuenta la opinión de la Junta Militar formó un ministerio con reconoci-

dos hombres de la Unión Nacional.<sup>53</sup> Quedó claro que el gobierno quería deshacerse de la tutela de la Junta Militar a la cual ya no consideró más en sus decisiones, y que cumplía paso a paso el plan de la Unión Nacional: no innovar en materia de régimen político, llamar a elecciones presidenciales y de parlamento, teniendo la garantía que sus enemigos estaban derrotados y contando con que las fuerzas armadas serían rápidamente neutralizadas a su favor. De este modo retomar tranquilamente el poder.

En estos organismos, el sector reformista mayoritario en el ejército, aparecía en minoría. Frente a ellos, sin base civil, pues la renuncia de Alessandri y la clausura del parlamento les enajenó el apoyo de la Alianza Liberal, un pequeño grupo de oficiales apoyaba al gobierno, se sumaba la marina que tenía la apariencia de un bloque homogéneo, mas el poder de la Junta de Gobierno y el apoyo político de la Unión Nacional. Éste conjunto daba la impresión de una fuerza civil y militar avalladora. Funcionando en estas condiciones, el sector reformista, comandado por los mayores Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove, no podía aspirar a imponer las reformas para las cuales conquistaron el poder.

Pero, el sector reformista no dudaba que el gobierno carecía de apoyo efectivo, y así quedó demostrado. El 25 de octubre, día del ejército, en una comida de la Escuela de Caballería junto a los oficiales contrarios a la Junta de Gobierno, asistió una delegación de oficiales de marina. En esa oportunidad el gobierno fue duramente criticado. Se confirmó que la marina no apoyaba totalmente la política del gobierno. Con este antecedente, acordaron disolver la Junta Militar.<sup>54</sup> Además, entre el 25 de octubre y el 13 de noviembre la ofensiva del gobierno se acentuó. No había otra solución para los reformistas, ese organismo no servía de vehículo a sus aspiraciones. Simularon que se retiraban de la política y volvían a sus labores profesionales.

La Junta de Gobierno y la Unión Nacional se creyeron libres para cumplir sus planes. La Unión Nacional se preparó para volver al poder. En la Convención Presidencial del 8 de enero de 1925 designó como candidato, al ultrareaccionario, Ladislao Errázuriz. Secretamente, a su vez, el núcleo más avanzado de la oficialidad reformista organizaba cuidadosamente el golpe de estado.

El 23 de enero de 1925, en una operación incruenta, con el acuerdo de la mayoría de la oficialidad de la guarnición de la capital, un grupo de jefes, subalternos, encabezados por Ibáñez y Grove apresaron a los componentes de la Junta de Gobierno y les obligaron a renunciar. Se constituyó un nuevo poder formado por los generales Pedro Dartnell y Emilio Ortiz Vega. Ese mismo día, Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove en calidad de jefes del "Movimiento Militar Revolucionario" llamaron a Alessandri para que reasumiera como presidente Constitucional de Chile.<sup>55</sup>

Pocos días después, la marina era neutralizada y entraba al gobierno con sus representantes. El ejército exigió que el mayor Carlos Ibáñez ocupara el cargo de ministro de la guerra, a fin de garantizar el cumplimiento del programa del 11 de septiembre. Los motivos y finalidades del contragolpe de estado fueron explicados al país en un manifiesto. Señala-



ron que la Junta de Gobierno establecida el 5 de septiembre de 1924, habia desvirtuado y traicionado a las fuerzas armadas y al pueblo; se habian puesto al servicio de la minoria reaccionaria del pais y no habian cumplido con convocar a la Asamblea Constituyente. Por eso, el pronunciamiento del 23 de enero se dirigia a restituir al presidente legal, para que convocara a esa asamblea y realizara el programa completo del 11 de septiembre.<sup>56</sup>

La Junta de Gobierno, presidida, ahora, por el civil nacionalista Emilio Bello Codesido e integrada por el general Pedro Dartnell y el contraalmirante Carlos Ward, desde el 23 de enero hasta el 20 de marzo, realizaron una febril actividad. Se aplastó con energia los intentos de conspiración de la Unión Nacional, los puestos claves de las fuerzas armadas fueron ocupados por oficiales adeptos. Se consolidaron las reivindicaciones de los hombres de armas y se realizaron las primeras medidas del programa: se dictaron los decretos-leyes de protección de la industria, de organización de las finanzas, sanidad, vivienda y leyes del trabajo.<sup>57</sup>

El 20 de marzo regresó Alessandri y reasumió la presidencia. El parlamento continuó clausurado. Su retorno implicó un compromiso con los militares: cumplir el manifiesto del 11 de septiembre. La tarea no era fácil, pues se habian producido profundos cambios en la situación política que no eran favorables al gobierno. Habia surgido un factor no considerado: la alianza entre la clase obrera y amplios sectores de las clases medias, impulsada por el partido comunista, en torno de la Federación Obrera de Chile. Esta alianza forjada a través de una aguda lucha reivindicativa, llegaba a ser una alternativa de poder político. El Comité Obrero Nacional, que dirigia las luchas de los trabajadores desde fines de 1924 — agrupando a obreros, empleados, estudiantes, personalidades políticas e intelectuales — apoyando el golpe del 23 de enero, hizo suyo el manifiesto del 11 de septiembre con objetivos más avanzados que los de la oficialidad reformista. La Asamblea Constituyente de Obreros e Intelectuales, del 7 al 11 de marzo, organizada por el Comité Obrero, propuso los fundamentos de una nueva constitución de carácter socialista. Oponiéndose al parlamentarismo y al presidencialismo reclamaban una organización federal que facilitara la participación, en la dirección política del país, a los trabajadores organizados, manuales e intelectuales; pedían la reforma agraria, la socialización de los medios productivos; la intervención del estado en la economía; y, garantizar la vida y el desarrollo integral de la persona.<sup>58</sup>

Para la burguesía emergente y la oligarquía, ésto era el comunismo y la revolución. La Unión Nacional se reagrupó, en cambio la Alianza Liberal se extinguió desplazando sus fuerzas a la derecha. El partido Radical impulsó un nuevo bloque político con la Unión Nacional, y opuesto al bloque obrero y a los militares. En su Convención Nacional del 10 de abril planteó el Frente Civil Unico, en alianza con los partidos de "orden", contra el militarismo y el extremismo comunista; se manifestó contra el régimen presidencial, propiciando la vuelta a un parlamentarismo reformado.<sup>59</sup>

Los oficiales reformistas, con el apoyo de un selecto núcleo de civiles nacionalistas, eran la fuerza decisiva. Querían realizar su programa de transformaciones económicas, sociales y políticas que aplacara las exigen-

cias del bloque obrero, y rompiera definitivamente el poder de la oligarquía. Esto, en interés del desarrollo de la nación, vale decir del capitalismo moderno y autónomo. El primer paso era, imponer una constitución presidencialista, que legitimara su proyecto político. Podían hacer su voluntad, pues contaban con la fuerza de las armas.

En este punto, conociendo los oficiales las posiciones de los dos bloques políticos comprendieron que llamar a elecciones libres de representantes para la Asamblea Constituyente los llevaría a la derrota, pues no contaban con fuerzas civiles organizadas como las del Frente Civil Único y de la Federación Obrera. Veían, también, que en medio de la lucha electoral se podía revitalizar la oposición que aún existía dentro de las fuerzas armadas, y eso era la división en su propio campo.

Pesando estas consideraciones, Alessandri el 4 de abril, anunció la creación de una Asamblea Consultiva con el objeto de dictar la nueva constitución, renunciando a la elección popular de una Asamblea Constituyente. Este organismo se integraría con delegados designados por el presidente, con lo cual se podía manipular una mayoría favorable. En efecto, Alessandri nombró entre abril y julio, los componentes del referido organismo, más los representantes de las fuerzas armadas, el Inspector en jefe del ejército, general Mariano Navarrete, el capitán Oscar Fenner, y el almirante Juan Schroeder<sup>60</sup>. Aparentemente, participaban libremente todas las fuerzas políticas y personalidades independientes, incluso hubo siete comunistas, pero lo real era la mayoría afecta al presidente y las posiciones de los militares.

El 22 de julio de 1925, se presentó el proyecto de constitución en la gran Asamblea Consultiva para su aprobación definitiva. En él, se eliminaba el régimen parlamentario consagrando el sistema presidencial de gobierno. Al presidente de la república se le confía la administración y gobierno del estado, el mantenimiento del orden público y la seguridad exterior; puede convocar al parlamento a sesiones extraordinarias, para discutir sólo las materias que proponga; nombra los jueces, empleados públicos y militares; es elegido, ahora, por votación directa. Facultades todas, destinadas a realizar el rol intervencionista del estado en lo económico y social. En efecto, en el artículo 10, N° 14, la constitución asegura "La protección del trabajo, a la industria y a las obras de previsión social. . ." y en el N° 10, párrafo 3°, que "El ejercicio del derecho de propiedad está sometido a las limitaciones o reglas que exijan el mantenimiento y el progreso del orden social, y, en tal sentido, podrá la ley imponerle obligaciones o servidumbres de utilidad pública. . .". Al mismo tiempo garantizaba amplios derechos democráticos e individuales, junto con la separación de la iglesia católica del estado<sup>61</sup>. La amplitud de estas disposiciones constitucionales abría paso a las grandes transformaciones democrático-burguesas, garantizando el poder necesario para la ejecución del largamente esperado programa nacionalista.

La oposición se preparó para objetar el proyecto. También la oficialidad para defenderlo. El 20 de julio, el general Navarrete citó a los jefes de la guarnición de la capital, y les pidió una definición frente al proyecto



constitucional y de su conducta en el caso de que los "políticos" resistieran la aprobación. Todos los oficiales manifestaron que el proyecto debía ser aprobado y que lo defenderían en cualquier caso<sup>62</sup>. En la reunión de la Asamblea Consultiva del 22 de julio, sectores de radicales y conservadores, se esforzaron por rechazarlo señalando que el régimen presidencial era la dictadura legal, y que la vuelta al régimen parlamentario modificado era la única garantía de democracia<sup>63</sup>. Al día siguiente, el general Navarrete habló en nombre de las fuerzas armadas y colocó la espada en la balanza. Dijo: "Los dirigentes de los diversos partidos políticos en que está dividida la opinión pública deben aprender, en esta ocasión, las múltiples lecciones objetivas que han recibido desde el 5 de septiembre hasta el día de hoy. De ellas deben deducir lo que el país quiere, como asimismo inclinarse respetuosos ante su voluntad soberana, pues de otro modo tendremos a corto plazo que hacer, bajo la presión de la fuerza, las reformas que, en representación del pueblo, ha reclamado de modo tan significativo el elemento joven del ejército".<sup>64</sup> El problema quedó resuelto y no hubo más discusión. En pocas horas todos votaron favorablemente. El 30 de agosto se llamó a un plebiscito nacional para su aprobación y el 18 de septiembre de 1925, fue promulgada solemnemente la nueva constitución política de Chile. La dictadura militar impuesta el 23 de enero, por la oficialidad joven, había roto el poder político de la oligarquía y consolidado la primera fase de las transformaciones democrático-burguesas, jugando en este sentido un importante rol progresista en el desarrollo histórico de Chile.

## BIBLIOGRAFIA

- 1 *Burr, Robert*: By Reason or Force. Chile and the Balancing of Power in South America. University of California, 1965. 169. p. 181.
- 2 *Díaz, Francisco J.*: La Instrucción Militar Alemana en Chile. Imprenta Miqueles, Santiago 1950. p. 175.
- 3 *Téllez, Indalecio*: Historia Militar de Chile. Tomo 2. Imprenta Balcels. Santiago 1925. P. 184.
- 4 *Donoso, Armando*: Recuerdos de Cincuenta Años. Editorial Nascimento, Santiago 1947. p. 276-277.
- 5 *Díaz, Francisco J.*: Ob cit. pág 175; Donoso, op. cit. p. 364-366.
- 6 *Blancpain, Jean-Pierre*: Les Allemands au Chili. Böhlau Verlag Köln-Wien, 1974. P. 717
- 7 *Reseña Histórica de la Academia de Guerra: 1886-1936*. Imprenta del Instituto Geográfico Militar. Santiago 1936. 8-10. p.
- 8 *Kunz, Hugo*: Die Bürgerkrieg in Chile. Leipzig 1892.
- 9 *Barceló Lira, José M.*: La Evolución del Ejército Chileno desde la ocupación del Territorio Araucano hasta nuestros días. Memorial del Ejército Chileno. Año 1935. 203-209. P.
- 10 *Denkschrift Körners*. Santiago 1890.
- 11 *Donoso, Armando*. Op. cit. p. 371., 381.
- 12 *Idem*. p. 371.
- 13 *Idem*. p. 371, 373, 374, 375.
- 14 *Jobet, Julio César*: El Nacionalismo Creador de José Manuel Balmaceda. Revista Combate. San José de Costa Rica. N° 4, Julio-Agosto de 1962.
- 15 *Dispatches Received by the Department from United States Minister to Chile (1823-1906)* N° 143 and N° 154.
- 16 *Brunn, Gerhard*: Deutscher Einfluss u. Deutsche Interesse in der Professionalisierung einiger Lateinamerikanische Armeen vor den 1. Weltkrieg (1885-1914). Böhlau Verlag Köln-Wien, 1969. p. 282

- <sup>17</sup> *Sotomayor Valdés, Ramón*: El Ministro Portales. Revista Chilena. Imprenta República. Santiago de Chile 1875. p. 85.
- <sup>18</sup> Memorial del Ejército de Chile. N° 298, Septiembre-octubre de 1960. p. 64, 65, 66.
- <sup>19</sup> *Eyzaguirre, Jaime*: Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren. Imprenta Zig-Zag. Santiago 1957. p. 99-144, 172-284, 324-366.
- <sup>20</sup> Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Cervantes. Santiago 1902. 6. y p. siguientes.
- <sup>21</sup> Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta del Ministerio. Santiago de Chile. 1907. p. 2-3.
- <sup>22</sup> Idem, p. 3, 4, 5, 6.
- <sup>23</sup> Idem, p. 10, 11-26.
- <sup>24</sup> Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Cervantes. Santiago p. 1902. 26.
- <sup>25</sup> Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Nacional. Santiago 1896-1897. Págs 9, 10, 12; Idem, año 1898, p. 189, 175, 177 y siguientes.
- <sup>26</sup> Memoria del Ministerio de Guerra. Años 1898, 1902 y 1907.
- <sup>27</sup> *Sáez Morales, Carlos*: Recuerdos de un soldado. Tomo 1. Biblioteca Ercilla. Santiago 1934. p. 33 y siguientes.
- <sup>28</sup> *Téllez, Indalecio*: Recuerdos Militares. Instituto Geográfico Militar, Santiago 1949. 223-p.-228.
- <sup>29</sup> *Charlin, Carlos*: Del Avión Rojo a la República Socialista. Editorial Quimantú. Santiago p. 1972. 26-27.
- <sup>30</sup> *Ahumada, Arturo*: El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre. Imprenta la Tracción, Santiago 1931. p. 21-23.
- <sup>31</sup> Idem. p. 21-23.
- <sup>32</sup> *Rodríguez Mendoza, Emilio*: Como si fuera ahora. Editorial Nascimento, Santiago 1929. p. 220-253.
- <sup>33</sup> *Munoz Figueroa, Alberto*: El problema de nuestra educación militar. Talleres del Estado Mayor, Santiago 1914. p. 10-60.
- <sup>34</sup> *Riquelme, Anibal*: Relación que debe existir entre la política de un estado y el alto mando del ejército. Memorial del Ejército. Septiembre de 1914. p. 631-642.
- <sup>35</sup> *Rivas Vicuña, Manuel*: Historia Política y Parlamentaria de Chile. Ediciones de la Biblioteca Nacional. Santiago 1964, tomo 11. p. 26 y siguientes.
- <sup>36</sup> *Boonen Rivera, Jorge*: Participación del Ejército en el desarrollo y progreso del país. Imprenta el Globo. Santiago 1917.
- <sup>37</sup> *Moore, Manuel*: Instrucciones para el desarrollo de las virtudes militares. Imprenta Central, 1917. p. 6, 7, 21.
- <sup>38</sup> *Ramírez N, Hernán*: Orígenes y Formación del Partido Comunista de Chile. Editora Austral. Santiago 1956. 84 p. y siguientes.
- <sup>39</sup> *Walker Valdés, Alejandro*: Revolución? La verdad sobre el motín militar. Imprenta Selecta. Santiago 1919. 84-215. p.
- <sup>40</sup> *Errázuriz Lazcano, Ladislao*: La llamada movilización de 1920. La Gratitude Nacional. Santiago 1923.
- <sup>41</sup> *Aldunate Phillips, Raúl*: La Revolución de los Tenientes. Revista Zig-Zag, de 10 de agosto de 1957, p. 20-22.
- <sup>42</sup> *Alessandri Palma, Arturo*: Recuerdos de Gobierno. Ob cit. 63-66. p.
- <sup>43</sup> *Sáez Morales, Carlos*: Op. cit. p. 62.
- <sup>44</sup> *Bribea, Luis*: Actuación del ejército en las elecciones de 1924. Imprenta P. Dubournais. Santiago 1927. p. 9,97.
- <sup>45</sup> *Aldunate Phillips, Raúl*: La Revolución de los Tenientes. Revista Zig-Zag. de 7 de septiembre de 1957, p. 19-22.
- <sup>46</sup> *Wüth Rojas, Ernesto*: Ibáñez, caudillo enigmático. Editorial del Pacífico. Santiago 1958. p. 31.
- <sup>47</sup> Idem., p. 31.
- <sup>48</sup> *Rodríguez Mendoza, Emilio*: El Golpe de Estado de 1924. Ediciones Ercilla. Santiago 1938. p. 201, 202, 203, 204.
- <sup>49</sup> Idem, 253, p. y siguientes.
- <sup>50</sup> Idem, p. 264, 265, 266.
- <sup>51</sup> *Sáez Morales, Carlos*: Recuerdos de un soldado. Ob. cit. p. 85, 86, 87.



- <sup>52</sup> *Varas Calvo, José M.*: Ibáñez, el Hombre. Talleres Gráficos „El Imparcial”. Santiago 1953. p. 50—51.
- <sup>53</sup> Idem, p. 51, 52.
- <sup>54</sup> Idem, p. 56, 57, 58.
- <sup>55</sup> *Charlin, Carlos*: Del Avión Rojo a la República Socialista. Op. cit. 68, 69, 70, 71, 72, 73, p. 74.
- <sup>56</sup> *Würth Rojas, Ernesto*: Ibáñez, caudillo enigmático. Ob cit. p. 86, 87.
- <sup>57</sup> *Bello Codesido, Emilio*: Recuerdos Políticos. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1954. p. 97 y siguientes.
- <sup>58</sup> Diario „La Justicia” de Santiago. N° 1426 del 14 de marzo de 1924. Acuerdos de la Convención Constituyente.
- <sup>59</sup> *Palma Zuñiga, Luis*: Historia del Partido Radical. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1967. p. 155, 156, 157, 158.
- <sup>60</sup> *Donoso, Ricardo*: Alessandri, agitador y demoleedor. Fondo de Cultura Económica. México — Buenos Aires, 1952. Tomo 1. p. 416 y siguientes.
- <sup>61</sup> Constitución Política de la República de Chile. Editorial Nascimento, Santiago de Chile 1952. Artículo 10, capítulos I V y V.
- <sup>62</sup> *Sáez Morales, Carlos*: Recuerdos de un soldado. Op. cit. Tomo 11. p. 13.
- <sup>63</sup> *Alessandri Palma, Arturo*: Recuerdos de Gobierno. Tomo 1. Op. Cit., p. 208.
- <sup>64</sup> *Sáez Morales, Carlos*: Recuerdos de un soldado. Tomo 11. Op. Cit. p. 17.